

y bueno con su libro, considerado así, en general; nos trae una renovación de concepto que sabe a miel.

Este valor innegable, notorio del libro contrasta de una manera sensible con lo incompleto, lo trunco, lo fragmentario de su contenido; todos los poemitas—pueden contarse por distracción, son 17—revelan una existencia grande de poemas buenos; tiene el libro felicidades de expresión que no se logran sino cuando se ha escrito mucho, y superioridad de concepciones poco corrientes en los escritores que no se han cultivado durante mucho tiempo. Y esto nos lleva a hacerle un reproche, a darle una queja: que debiera darnos un tomo más voluminoso de sus versos; tenemos derecho de pedirselo, pues en el muestrario encontramos cosas muy buenas.

Véase si no esto, así, sentido, *Im promptu*:

Una campana que suena,
un ronco gallo que canta...
Entre la noche serena,
el dolor que nos espanta...
.....
¿Qué traerá el día de mañana?
¿Amor,
placer,
o dolor?

O bien en el precioso poema *La cruz del camino*, este verso redondo:

...allí cayó el campesino
mal herido y a traición,
cuando lo atacó el vecino
al toque de la oración...

Y este otro:

Oh, la mano del boyero encallecida,
que desvía los sudores de sus ojos
como lo hace en el arar con las espigas!

del soneto *El barbecho*. Y este otro, que se repite con una maestría digna de aplauso en la *Canción de olvido*:

Debajo del limonero,
en el gramal florecido,
toca triste el dulzainero
su vaga canción de olvido...

Y este otro:

Aún no se ha visto el sol
y hay chorros de oro
brillando en la montaña...

Y así muchos, muchos otros. *Brumas* es un soneto que está a la altura de la más exigente aristocracia de la poesía contemporánea: ¿los recursos?, insignificantes como valores literarios; el recuerdo de que ha mucho tiempo no ve a «la madre ansiosa, la afectuosa hermana», venido al contemplar las brumas de la tarde, bajo el tintineo ligero de la lluvia; pero, ¿el motivo?, valiosísimo; el poeta se da al paisaje externo y al paisaje interno, idénticos en aquel momento, ambos brumosos; en ese soneto se habla de brumas por fuera y de brumas por dentro. ¿No es una novedad que sabe a algo sabroso, a algo que llena, que satisface?

Amigo Reni, querido poeta, debes darnos mas poemas de tu cosecha. «Ante la obra sencilla de Aníbal Reni pido, al dios de estas tierras, la conservación de la independencia espiritual de la Raza», exclama el prologuista, y exclamamos todos. Cosío Villegas, uno de los jóvenes escritores más distinguidos de México, dice en

carta que he visto, que su grupo de amigos está de acuerdo con el autor del prólogo de tu libro, nuestro M. Vincenzi; te aseguro que estará también de acuerdo en pedirte una entrega más completa, menos tasada, para conocer muchas cosas buenas.

RAFAEL ESTRADA

Febrero, 1924

El corazón de Voltaire

EN un paseo por las regiones inexploradas de la Biblioteca Nacional francesa, M. Roland Marcel encontró no hace mucho el original en yeso de la estatua de Voltaire, obra de Houdon, erigida en el teatro de la Comedia de París. En el pedestal halló disimulado, bajo una placa metálica, un escondite, y en él un cofrecito, forrado de terciopelo, sobre el que reposaba un corazón voluminoso de dorado metal con una inscripción que decía: «Corazón de Voltaire, muerto en París el 30 de mayo de 1778». Este corazón metálico está soldado; pero dentro, a poco que se le mueva, se oye el alcohol aromatizado en que se conserva el corazón de Voltaire, que se creía perdido desde el año 1864 en que la reliquia fué entregada a la Biblioteca Nacional. El pasado miércoles, el corazón fué encerrado de nuevo, con una ceremonia sencilla y breve, en el pedestal de la estatua que representa a Voltaire riendo eternamente, envuelto en el manto de los antiguos filósofos. Tal vez ahora, tras esta breve resurrección, descansa ya para siempre este corazón medio siglo olvidado, pero que antes había andado errante de mano en mano por espacio de tres cuartos de siglo, tan pronto maldito como ensalzado, hasta que el heredero de una antigua familia lo depositó en la mansión de los libros.

No haya miedo a ninguna consagración supersticiosa; el corazón de Voltaire no va a hacer competencia a ninguna otro víscera de tantas como hay guardadas en envolturas análogas. Probablemente no se enseñará siquiera a los curiosos turistas. Pero ¿por qué de Voltaire se ha conservado el corazón y no el cerebro, que parecía más destinado a simbolizar la vida del filósofo? Sin embargo, el mismo Voltaire, en los años postrimeros de la vida; cuando ya las palabras son una confesión, parecía preferir las obras no pequeñas de su corazón a las enormes de su inteligencia. «J'ai fait un peu de bien; c'est mon meilleur ouvrage», dijo en un verso sencillo. Y esta parte cordial de su obra fué mejor comprendida por el pueblo francés, que en los tiempos revolucionarios

trasladó sus restos al Panteón, en una ceremonia organizada por el pintor David, gran maestro de las fiestas de la Revolución, al son de un himno de Chenier en donde se convocaba musicalmente a todas «las sombras atribuladas, inocentes condenados, de quien fué el vengador».

Bien conocida es la rehabilitación de Calas, ya ejecutado, conseguida por Voltaire después de tres años de esfuerzo apasionado en favor del inocente. Pero lo son menos su protesta contra la intolerancia que negaba entierro y sepultura a la actriz Adriana Lecouvreur; su defensa del abate Desfontaines, que le había difamado; su indignación contra el suplicio infligido al caballero La Barre; Voltaire recogió a la nieta de Corneille; protestó contra la pena de muerte impuesta en Inglaterra al almirante Byng; defendió a Lolly-Tollendal, inocente; logró la devolución de sus bienes a la familia Desprez; libertó a los aldeanos del Jura, y salvó de la muerte al matrimonio Sirvent y a la viuda de Montbailly, acusados sin culpa. Y, en fin, no conoció injusticia contra la que no se levantara ni ley bárbara ni abuso que no condenase. Y todo su poder, adquirido por su inteligencia, aquel poder que hacía contestar a Federico de Prusia, a quien le preguntaba: «¿Cuál es el soberano de Europa a quien más teméis?» «El Rey Voltaire», fué empleado en pro de los inocentes y los perseguidos. Este corazón encerrado en el pedestal de su estatua es el que le reprochaba, durante los tres años del proceso Calas, toda sonrisa, como un crimen, y le hacía enfermar de fiebre todos los años el día del aniversario de la matanza de la Saint-Barthelemy. Con ocasión de la ceremonia reciente se ha recordado una vieja frase célebre: «Voltaire tiene un espíritu de ángel y un corazón de mono». Fué una injusticia; pero había, sin duda, cierta contradicción entre uno y otra, y esta contradicción perdura en la misma estatua, que en el pedestal encierra un corazón semejante y en el rostro ríe sarcásticamente.

(El Sol, Madrid).